

brantan la lealtad que á sus maridos deben, é se otorgan á sucios é viles adulterios; é allende desto, no solamente se ven en este vicio caydas las que son casadas con los hombres, mas aun las desposadas con Dios. Assi lo diçe Petrarca en aquel su diálogo de la muger mala y deshonesta.

Volvamos á nuestra historia. El gobernador Pedro de Heredia rescibió muy bien estos indios y los exhortó á la paz é amistad de los chripstianos é hizoles dar hachas é cuchillos, camisas, bonetes é otras cosas, porque fuessen contentos, como lo fueron. Otro día siguiente llegó la fusta al puerto Nao, alias Zamba, é otro día despues el galeon; y en tanto que los chripstianos allí estuvieron, vino allí mu-

CAPITULO VII.

Cómo el gobernador Pedro de Heredia llegó al rio Grande, que está entre Cartagena é Sancta Marta, é hizo quemar el pueblo de Metamoa, é de los pueblos que en este camino hizo de paçes, é de los que castigó por inobedientes, é de otras cosas al propósito de la historia é notables.

Sin dubda me paresçe que el gobernador Pedro de Heredia es digno de loor, é su prudencia y esfuerço para no ser olvidado, pues que donde se perdió el gobernador Alonso de Hojeda y le mataron á su teniente el capitan Johan de la Cosa con tantos chripstianos, supo darse tan buen recaudo é maña para se sostener entre estos caribes, seyendo gente tan feroz é belicosa, é teniendo menos gente que otros capitanes que se han perdido en estas partes. Por esto tal decia Temistocles, príncipe de Aténas, que era suma virtud de un capitan saber é adivinar los consejos del enemigo, á lo qual respondió Aristides é dixo: «¡Oh Temistocles! esso que diçes bien nescessario es; mas verdaderamente no tener las manos revueltas en las cosas ajenas, es muy hermosso é verdadero officio de Empera-

chas veçes el caçique de Chagoapo, que es el primero pueblo que se hizo de paz, á ver al gobernador, é traia gallinas é pescado é otras cosas: é tomó tanta afición con el gobernador, que le envió su hijo mayor para que anduiesse con él é le sirviesse, el qual era de hasta veynte é cinco años. É assi le acompañó é sirvió é anduvo con él hasta que dió la vuelta á poblar en Calamar, é aun allí estuvo algunos dias hasta que el gobernador le dió licencia y lo envió contento con hachas y camisas é otras muchas cosas, que le mandó dar de las que ellos presçian, para sí, é para que llevasse á su padre; porque eran hombres, de quien tenia nescessidad é se avian ofresçido por amigos.

dor.» La una é la otra opinion, son loables é provechossas, é no se dubde ser nescessarias en toda parte é muy convenientes en estas Indias; porque aunque estas gentes son salvajes y desnudas, no dexan de presçiar essas cosas que poseen, é tanto quiere un indio una patena de oro ú otra de sus joyas, como un chripstiano la suya en que mucho se deleyte. En espeçial que queremos subjeter á gentes tan sueltas, é procuramos de apartarlas de sus antiguas ydolatrias y costumbres: que es cosa áspera á quien falta conosçimiento, é tan presto no sabe comprender el bien que se les hace, en distraerlos de errores. Y para este bien, con que los convidamos, es menester tiempo para que lo entiendan; y lo que soldados enseñan, es mezclado con propria cobdicia y enseñándoles el cuchillo: é

aunque nuestra voz sea de paz; recordar-se há que diçe Herodiano, que no deleyta tanto la libertad, quanto ofende la servitud.

Tornemos á nuestra historia é al gobernador Pedro de Heredia, el qual desde el puerto Nao ó de Zamba acordó de yr á ver el rio Grande é aquel valle que se dixo de susso; donde fué rescibido con mucho plaçer de los indios, é le dieron muy bien de comer á él é á su gente de los mantenimientos de la tierra, que son yuca de la buena, é mahiz, é calabças é puercos, é ánades é otras aves, en todos aquellos pueblos deste valle, al qual mandó que le llamasen el valle de Sanctiago. É le vinieron á ver é comunicar con los chripstianos muy á la doméstica: é aquel rio que avian loado en aquel valle, estaba como rebalsado ó detenido, que no corria sino en tiempo de lluvias, é no avia agua otra sino en jagueyes ó poças hechas á mano. É assi por esto como por ser muy poblada la tierra de indios, é los chripstianos eran pocos, no quiso assentar el gobernador entre tantos flecheros por entonces, hasta que mas compañía tuviesse é mas caballos; y cómo los indios conosçieron que la intencion de los españoles era de no poblar allí, rogaron mucho al gobernador que no se fuessen é que assentasen allí, aquellos harian las casas á los chripstianos, y les darian muy bien de comer. Y el gobernador les daba las gracias é les decia que los tenia por amigos, é los ayudaria contra sus enemigos, de lo qual se holgaban mucho oyrló; porque los deste valle tienen guerra con otro pueblo grande su comarcano, como se dirá adelante, é quisieran mucho ver la espada de los españoles á la garganta de sus contrarios ya allegada: é deciales Pedro de Heredia que queria volver hácia Caramari, que es Cartagena, é quel los venia á ver é ayudar.

Hay en aquel valle un pueblo que se

diçe Telete, en el qual hay tres caçiques. Otro se diçe Megates, donde hay ocho caçiques. Otro se diçe Trepoama, donde hay tres caçiques. Otro se llama Gualondon, que tiene ocho caçiques. Otomo tiene otros ocho: Coacay tiene diez: Magoayan tiene tres: Capiçe tiene dos: Magoayan tiene seys (assi que son dos pueblos quassi de un mismo nombre Magoayan ó Mogoayan). Paquiagaoayen tiene quatro caçiques. Inchuebe tiene tres. Otro segundo Capiçe tiene dos. Coagos tiene quatro, y estos pueblos algunos son grandes y otros pequeños; pero todos son de una lengua.

Alli acordó el gobernador, de paresçer de los españoles, de tornarse á poblar en Calamar, porque está en el medio de su gobernacion, é porque les paresció que era lo mejor de lo que avian visto, y estaba en lugar mas apropósito para la paçificación de la tierra; y junto con esto se ordenó que pues los indios comenzaban á ser de paçes, que se fuessen á ver el rio Grande, que está dos jornadas adelante del valle de Sanctiago la vuelta del Oriente, assi para continuar aquel buen principio de la paz, como porque se esperaba hallar oro adelante para enviar por mas gente é caballos, de que avia mucha nescessidad, puesto que algunos decian que no era de yr tan poca gente adelante, porque los caballos eran pocos é no avia treynta hombres de hecho, como era la verdad, é los indios del rio Grande son muy guerreros é tienen mala hierba en sus flechas. É dieron otras raçones mostrando otros inconvenientes para estorbar el camino del rio Grande; pero al fin que en esto se altercó á pró é á contra, el gobernador se determinó de passar adelante, é se puso por obra.

Antes que se diga lo que en este camino subçedió, despues de lo que es dicho, quiero satisfacer á lo que se apuntó de susso, donde dixé quel rio del valle

de Santiago no corria sino en cierto tiempo, porque el letor no piense que otro misterio, y es desta manera. En muchas partes de la costa de Tierra-Firme hay semejantes rios, los quales en las bocas por donde entran á la mar se cierran quinze é veynte passos, é mas é menos, de intervalo quan anchos son, desde donde se cierran hasta el agua de la mar, é quedan hechos como laguna ó balsa, que la mayor parte ó cierto tiempo del año no corren para entrar en la mar; é puesto que en sus nascimientos ó en algunas partes mas arriba corran algund trecho ó distancia, adelante, como digo, estancan é cessa su curso, y están como laguna. Bien creo yo que por los interiores de la tierra, ó por diversas partes, alguna parte del agua de los tales rios debe yr su camino; pero quando llueve, con la abundancia é impetu de las cresçientes é multiplicacion de las aguas rómpese aquella clausura é atapamiento de la boca, y entra en la mar, é túrale su entrada é correr allí hasta que torna la seca é faltan las aguas. Dos rios tales entran en el puerto del Nombre de Dios y están en aquella bahia, porque me he acordado de aquellos que los avrán visto mas españoles é chripstianos; porque aquel puerto, por causa del Pirú, ha seydo muy cursado de poco tiempo acá; pero como tengo dicho, en otras muchas partes de la Tierra-Firme se ven los rios ser desta mesma manera, los quales mas propriamente se pueden decir arroyos.

Tornando al camino del rio Grande, Pedro de Heredia é su gente partieron del valle de Santiago á los catorçe de março del año de mill é quinientos é treynta y tres años, y era el número todo desta gente quarenta é çinco hombres de pié é treçe de caballo; pero para pelear no avia sino çinco que se pudiesen decir caballos, porque los otros ocho eran muy ruynes é flacos roçines, é tales que la

mayor parte del camino se yban á pié sus dueños, porque no se les quedassen muertos.

Assi como los chripstianos movieron é salieron del valle, acudieron por diversas parte tantos indios de los que eran de paz, que los chripstianos no quisieran tanta compania. É no paresçia sino como en alguna gran çibdad se hace alguna señalada justicia: que son pocos los sentenciados é innumerables los miradores que los acompañan; ó como quando en alguna fiesta ó juego algunos nuevamente invencionados representan alguna farsa. Assi yban estos nuestros españoles con sus albardas ó armas é vestidos, quales tengo dicho, é la multitud de los indios desnudos como nascieron, pero con sus arcos é flechas, todos admirados de ver los caballos é la reputacion é obra del esfuerço de los chripstianos, considerando, y de oyr relinchar un caballo, penssaban que era algund lenguaje de entre el caballo é su dueño. É á la verdad mucho temor avia en los nuestros, porque esta es gente de poca verdad; pero no conosçieron los indios flaqueça alguna de los chripstianos. En fin, los indios fueron fieles, é passaban de diez mill hombres muy bien dispuestos é muy deseosos de se vengar de los indios de adelante sus enemigos con el favor é ayuda de los chripstianos. É á medio dia procuraron los nuestros de comer y descansar, é los indios hiçieron lo mesmo, é desde á una hora partieron para yr adelante; y el gobernador mandó á los indios que se fuesen por la costa de la mar, y ellos lo hiçieron assi, y él con los chripstianos yba por mas adentro de la tierra por muy espessos é çerrados arcabucos é boscages. É andada una legua, salió á la costa de la mar, é halló á los indios que le estaban atendiendo é á vista de sus enemigos, é no ossaban yr adelante sin los chripstianos, aunque eran el número que tengo dicho. Assi estando á

vista de un pueblo grande, cómo el gobernador llegó, prosiguieron su camino los indios con él, é llegaron al pueblo, al qual llaman Cocapia: é no se halló persona alguna en él, porque los que allí vivian, le avian desamparado é ydose al monte. Cómo esto vido el gobernador, habló á los indios amigos, é díxoles que pues sus enemigos avian huydo, que se tornassen á sus casas en buen hora, é si él topaba con ellos, que por su amor los mataria: lo qual les dixo por los complaçer é hacerlos tornar; pero su deseo no era sino de paçificar todo lo que pudiesse de la tierra, por buena industria é sin rompimiento. Assi se tornaron los indios muy alegres, y el gobernador é los españoles passaron adelante, llevando consigo dos indios por guias: é subieron una cuesta arriba que turaba una legua, é començándola á subir, vieron arder todo el pueblo, que le avian puesto fuego los indios que se tornaron atrás. É subidos los nuestros en la cumbre de aquel monte, saliéronle delante muchos indios embixados de guerra, é venian tan colorados de la bixa, que paresçian cubiertos de sangre. Y el gobernador ordenó sus pocos milites, é mandó á la lengua que dixesse á aquellos indios que no yba á les hacer daño, sino de paz é á ser sus amigos: é las lenguas dixeron que no se entendian con ellos, aunque eran de tres lenguas de allí, del valle de Santiago que es dicho; pero en su lengua deçian lo que les mandaba, á lo qual ninguna cosa respondian los otros. É por señas el gobernador lo mejor que pudo les dió á entender que queria su amistad y ellos holgaron dello, é le llevaron hasta junto á su pueblo, que está en lo alto de aquella sierra, el qual llaman Apaco, é çerca del pueblo se apossentaron los chripstianos en un mahiçal; pero no sin cuydado é sospecha de la batalla é aperçebidos y en vela, esperaban el subçesso de lo que se-

ria. É desde á poco de hora, començaron á salir del pueblo muchos indios é muchachos, cargados de mantenimientos que bastaban para hartar á dos mill hombres, y el primero oro que se pidió por el gobernador fué allí; pero no lo ovieron gana de entender. Mas al cabo bien ó mal entendido, por señas respondieron que otro dia se lo darian quando el sol saliesse; pero ni lo dieron ni el gobernador los quiso descomplaçer, ni acordárselo, porque le paresçió que no era tiempo conviniente ni sabia en qué disposicion estaba la tierra adelante. É partióse de allí el siguiente dia, é llegó á mediodia á otro pueblo que se dice *Mangoa*, al qual hizo de paz é se apossentó fuera dél, por no enojar á los indios, é aun por tener mas seguras las espaldas: é assi lo hacia en cada parte donde los indios venian de paz, exçepto si no lloviesse que pedia un buhío ó dos, en que su gente se metiesse en tanto que el agua passaba. En este pueblo les dieron muy bien de comer de aves é pescado é pan é vino de la tierra que se hace de mahiz, é mucha yuca de la buena que comen asada é cocida. Este pueblo fué el primero donde le dieron oro al gobernador en su gobernacion: é allí se entendian las lenguas con los del pueblo, y el caçique del pueblo les dió lenguas para adelante, é les mandó que á los de otro pueblo dixessen que hiçessen buen tractamiento á los chripstianos porque eran buenos, é les diessen oro como él lo avia hecho, pues que no hacian mal sino á los malos. Partidos de allí, llegaron á otro grand pueblo que se dice *Calapa*; é antes un poco que llegassen venian indios á deçirles que no querian que entrassen en su pueblo ni querian su amistad: é oydo esto, el gobernador aperçibió las armas é gente, é propusso de entrar contra la voluntad de los indios, mas por conservar el crédito que no con desseo de hacerles daño. Pero